



HOMILÍA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Catedral Nuestra Señora del Rosario

Paraná, 22 de abril de 2011

Queridos hermanos:

Acabamos de escuchar con emoción el relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Seguramente lo primero que nace en nuestro corazón es preguntarnos. ¿Por qué Señor? ¿Por qué tanto? Por qué tu Padre te exigió tanto?

La respuesta es clara: Tanto amo Dios al mundo que envió a su Hijo para salvarnos. Tanto nos amo Jesucristo que murió para que nosotros tengamos Vida. La pasión del Señor nos hace descubrir una vez más lo que verdaderamente es valioso para Dios.

Hoy en un mundo que idealiza el poder, el tener, el placer, que se encierra en un inmanentismo y egoísmo auto-destructor, Jesucristo con su Pasión nos está diciendo que lo importante es la Gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Y al mismo tiempo la pasión del Señor nos está mostrando la gravedad del pecado, de mi pecado. ¿Cuánta ofensa a Dios? Qué poco valoramos negativamente nuestros pecados? Dios, infinitamente sabio, poderoso y misericordioso, no encontró otro modo de pagar la deuda del pecado... que grave tiene que ser... y nosotros nos hemos ido acostumbrando al pecado, hemos perdido el sentido de pecado como nos lo advierten reiteradamente los últimos Sumos Pontífices.

Anoche nos lo decía Benedicto XVI recordando el pedido de Jesús a Pedro, Santiago y Juan de velar junto a él “Es un mensaje permanente para todos los tiempos, porque la somnolencia de los discípulos no era solo el problema de aquel momento, sino que es el problema de toda la historia.

La cuestión es, en qué consiste esta somnolencia, en qué consistiría la vigilancia a la que el Señor nos invita. Diría que la somnolencia de los discípulos a lo largo de la historia es una cierta insensibilidad del alma hacia el poder del mal, una insensibilidad hacia todo el mal del mundo. Nosotros no queremos dejarnos turbar demasiado por estas cosas, queremos olvidarlas: pensamos que quizás no será tan grave, y olvidamos. Y no es sólo la insensibilidad hacia el mal, mientras deberíamos velar para hacer el bien, para luchar por la fuerza del bien. Es insensibilidad hacia Dios: esta es nuestra verdadera somnolencia; esta insensibilidad hacia la presencia de Dios que nos hace insensibles también hacia el mal. No escuchamos a Dios – nos molestaría – y así no escuchamos, naturalmente, tampoco la fuerza del mal, y nos quedamos en el camino de nuestra comodidad”.

En el relato de la Pasión, que acabamos de escuchar estamos representados todos nosotros, con nuestras actitudes. Quién no se siente identificado en la persona traidora de Judas, en la debilidad de Pedro, en la falta de compromiso de Pilatos, en Herodes, en el cambio de opinión de la chusma, por miedo, por conveniencia.

Dios quiera, que también, en nuestra vida, nos identifiquemos con la compasión del Cireneo, en la bondad de las buenas mujeres, en el seguimiento de Juan sostenido por María.

Ante la pasión de Cristo se pone de manifiesto lo que cada uno tiene en su corazón.

Contemplando la Cruz, si tenemos un poco de nobleza y sentido, nos sentimos interpelados por el amor a Jesucristo. Y ese acusar el golpe tiene que provocar en nosotros un deseo sincero de conversión.

Dejemos que resuenen en nuestro interior, las palabras que pronunció en la Cruz Nuestro Amado Señor:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. En ese momento que carga con los pecados de todos los hombres, con los pecados de nuestra época: las guerras, las injusticias, los crímenes de cada día en nuestra ciudad, la matanza de los inocentes en el seno de sus madres, la pérdida de la inocencia de los niños, el comercio miserable de la droga a consta del futuro de nuestros jóvenes, la denigración de la mujer en su más profunda dignidad, el abandono de los ancianos, la frialdad y el poco compromiso de los cristianos...y podríamos seguir enumerando. Jesús, hoy vuelve a pedir al Padre: Perdónalos no saben lo que hacen... Miremos a Cristo traspasado.

“Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Perdona a un malhechor, Apenas se arrepiente es perdonado. A todos, perdona el Señor, cómo no confiar en Su misericordia. Contemplemos al Crucificado.

“Mujer, aquí tienes a tu hijo. Aquí tienes a tu madre”³. Qué cambio para al Virgen: dejar de encontrarlo a Dios en la persona maravillosa de Jesucristo para encontrarlo en nosotros responsables de la muerte de su Hijo. Jesús desde la Cruz nos dice: les dejo mi mejor legado, mi Madre como madre de ustedes, porque me voy a identificar en cada uno de ustedes y desde dentro les voy a hacer balbucear palabras filiales... Contemplemos a nuestra Madre dolorosa, nos engendró, no sin dolor.

“Dios mío, Dios mío por qué me has abandonado”⁴. Estas palabras son como un eco de las pronunciadas en Getsemani “Si es posible que pase de mí este cáliz”. Jesús experimenta una tremenda soledad. El Padre calla. Hay un abismo entre Dios y el pecado. Jesucristo asume los de toda humanidad para salvarnos. Contemplemos al Dios anonadado

“Tengo sed”⁵ Sin duda que sed física, pero mucho más sed de almas, sed de amor, sed de ser amado. Seremos capaces de saciar la sed del Señor con una búsqueda seria, personal y comunitaria de nuestra santidad. Seremos capaces que de nuestras familias y comunidades se pueda decir: “miren como se aman”, como signo distintivo de sus discípulos. Contemplemos a Cristo sediento.

“Todo se ha cumplido”⁶ Son las últimas consecuencias de aquellas palabras que pronuncio al entrar en el mundo “Aquí estoy, vengo para hacer Tu Voluntad”. Todo se ha cumplido, los mandatos sabios y amorosos de Dios Padre a favor de los hombres. Contemplemos el Cristo obediente.

“En tus manos encomiendo mi espíritu”⁷ Ahora puede devolver su alma humana al Padre, porque ya todo está restaurado en Él, para gloria de Dios y la salvación de los hombres. Dios muere por los hombres. Ahora si Dios manifestó al mundo cuanto lo ama. Contemplemos el rostro humano del amor divino.

En seguida vamos a adorar a Jesucristo en la Cruz: La cruz mis hermanos **“no es el No de Dios al mundo, sino su Si de amor”**. **Con su muerte nos dio la Vida Plena. La Cruz ya no es signo de derrota o muerte, es signo de triunfo y de gloria.**

Expresemos nuestro dolor y arrepentimiento, con un compromiso serio, de morir al pecado, de crucificarnos con Él.

Contemplando la Cruz, no tenemos muchas palabras: tal vez apenas nos brote decir gracias, perdón, te amo y como Ignacio de Loyola “Señor si Tú hiciste esto por mí que debo hacer yo por Ti”

“En este mundo no hay redención sin sacrificio y no hay existencia redimida que no sea al mismo tiempo una existencia de víctima”. Paulo VI

Al besar la cruz repararemos el beso traidor de Judas, por un beso lleno de amor.

Por la Cruz a la luz, “Sin la Cruz no hay victoria” Juan XXIII

Contemplemos también a nuestra Madre. Pidámosle la gracia que siempre podamos responder al amor de Jesucristo.

Madre, llena de aflicción de Jesucristo las llagas grabadas en mi corazón.

Así sea.

+ Juan Alberto Puiggari
Arzobispo de Paraná

¹ Lc. 23, 34

² Lc. 23, 43

³ Jn. 19, 26-27

⁴ Mt. 27, 46

⁵ Jn. 19, 28

⁶ Jn. 19, 30

⁷ Lc. 23, 46